

CLASICOS COLOMBIANOS

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

EL MORO

De don José Manuel Marroquín se ha dicho que fue un tipo de hidalgo campesino de claro abolengo y arraigada cultura clásica.

Yerbabuena, la señorial hacienda de la Sabana de Bogotá, centró su vivir de hombre de campo. En ese ambiente de sosiego, como también en el otro reposado del Bogotá de sus días, todavía la Santafé de aires coloniales, sin inquietudes ni afanes económicos, mimado de la fortuna —salvo, ya al final de sus años, su infortunada y discutible participación en el ajeteo político de la República— pudo darse tranquilamente al cultivo de las letras. Las humanidades, entonces verdecidas en Colombia, abastaron sus capacidades con largueza.

Fue Marroquín notable discípulo de Bello en disciplinas gramaticales. Escritor didáctico, pues, de relevantes méritos. Poeta festivo, de cuya inspiración brotó esa joya de gracia y humorismo que se llama *La perrilla*. Autor de novelas y cuadros de costumbres. Y disertor orador académico.

Se destaca, señeramente, en la producción novelesca de Marroquín, *El Moro*, "que puede calificarse —apunta Gómez Restrepo— de la *novela de un caballo*, para emplear un título de Tolstoy".

El Moro es una obra maestra de la literatura nacional.

Maestra por lo castizo y perfecto de su estilo, por sus primores narrativos y descriptivos, por la manera como su autor supo hacer vivamente apasionante un asunto que a primera vista parecía desprovisto de todo interés. Maestra, además, por aquella cualidad sobresaliente de las obras maestras: por ser fruto de vida y de experiencia, fiel trasunto de un temperamento y de una realidad. Marroquín, hacendado, hombre de largas pervivencias campesinas, vertió copiosamente en *El Moro* todo el acervo de sus impresiones y conocimientos como tal. De allí, esa frescura y ese interés humano que en las páginas de su relato ha sabido ofrecernos con tan incomparable encanto.

Su *novela de un caballo* es un amplio cuadro, una sucesión de cuadros para mejor decir, de los hombres, de las costumbres, de toda la vida en suma, de las haciendas y poblados de la Sabana de Bogotá y de otras regiones circundantes. Novela de ambiente y de colorido esencialmente vernáculos, es una de las producciones de más destacado carácter autóctono que entre nosotros se ha compuesto.

He aquí que un caballo cuenta su vida. Le ha tocado pasar por las más variadas coyunturas, por las más diversas ocupaciones, por múltiples percances, ya como caballo de silla, ora como caballo de carga, ya como caballo de tiro.

¡Qué sabrosa y cautivante narración la que el noble animal hace de su vida! Sus primeras experiencias; su doma; sus varios amos y ocupaciones; sus días afortunados y sus tiempos de infortunio; sus andanzas por los campos, la ciudad y los pueblos; su participación en una guerra civil; el divertido viaje en romería a Chiquinquirá; las torturas de aquel su defecto consistente en ser caballo *coleador*; sus pláticas y amistades caballunas; su vejez y final decadencia. ¡Qué melancolía la que impregna las postreras páginas de *El Moro*! ¡Con qué simplicidad, pero con cuánto patetismo, nos relata el novelista la muerte del caballo! Pocas líneas, ninguna retórica, una parva acotación. "La noche del día en que ocurrieron los últimos sucesos que él mismo relató, fue desenganchado y quedó suelto en el corralón en que les echaban de comer a las bestias de don Alipio. A la mañana siguiente, se le encontró echado y sin movimiento, a pocos pasos del charco que servía de abrevadero. Se suscitaron dudas sobre si estaba vivo o muerto. Juan Luis se le acercó y dijo: "Está muerto: ya no colea"".

¡Qué sostenido y renovado interés el de todas esas cosas que nos cuenta y describe Marroquín por boca de aquel caballo!